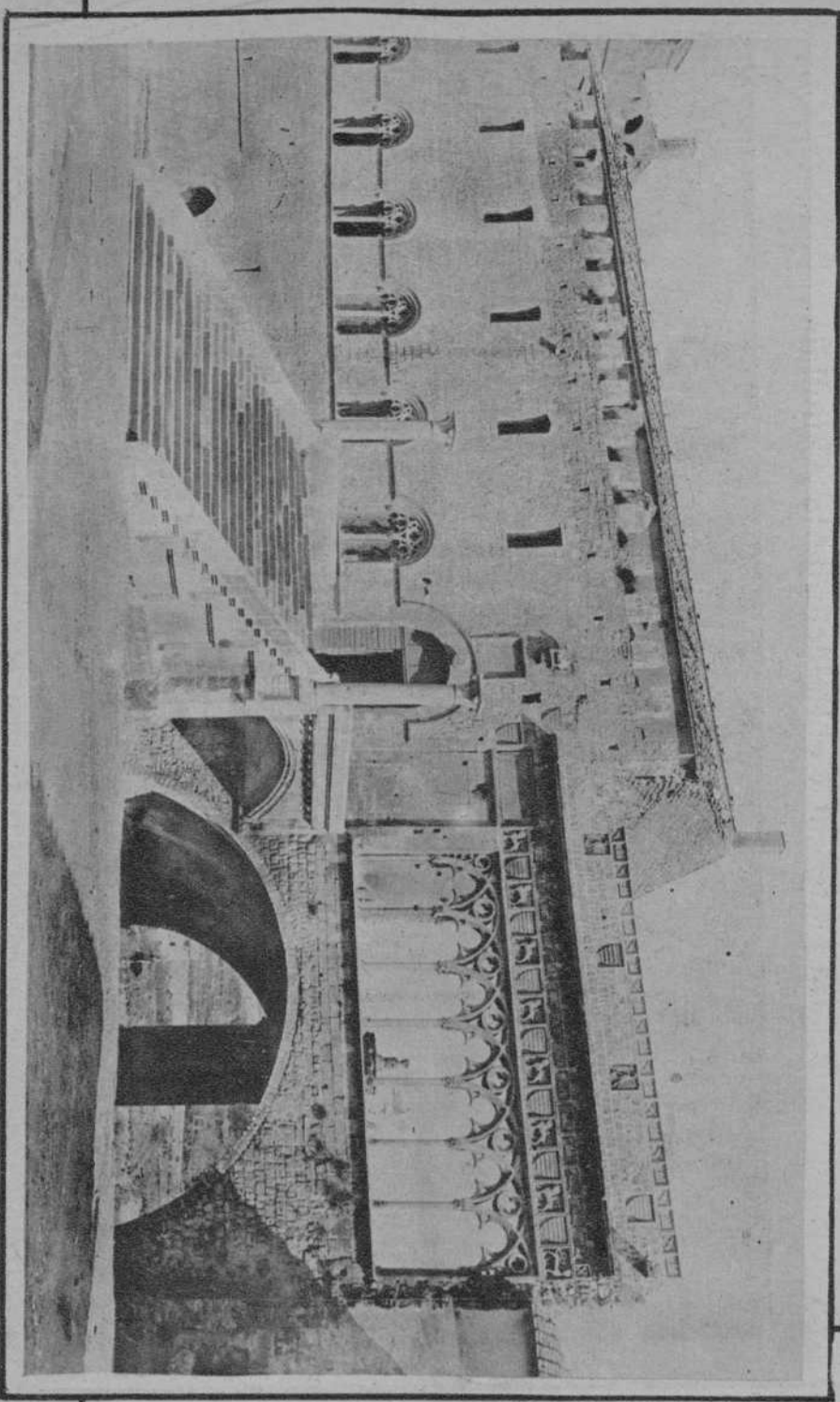


El Palacio de los Obispos, de Viterbo, donde, en 1270, se reunió el Cónclave Cardenalicio por primera vez.—(Fots. S. F. 1.)



INDICE
135

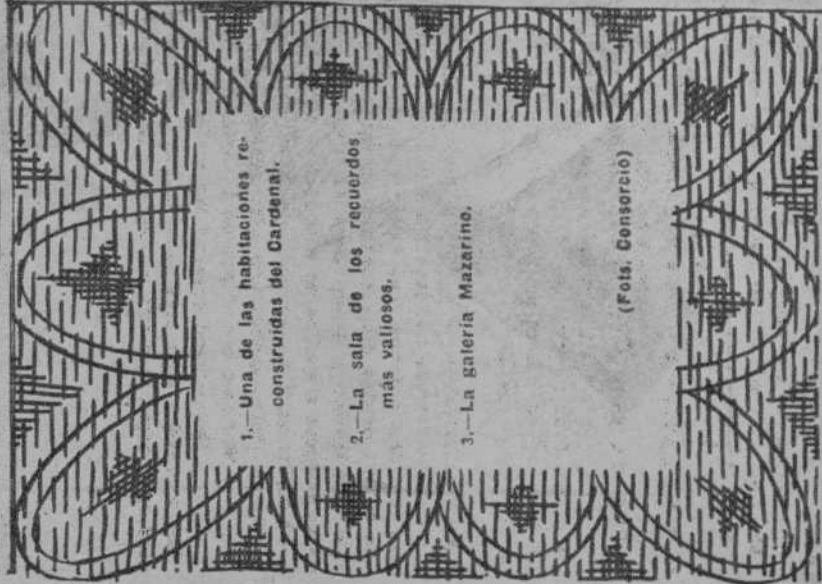
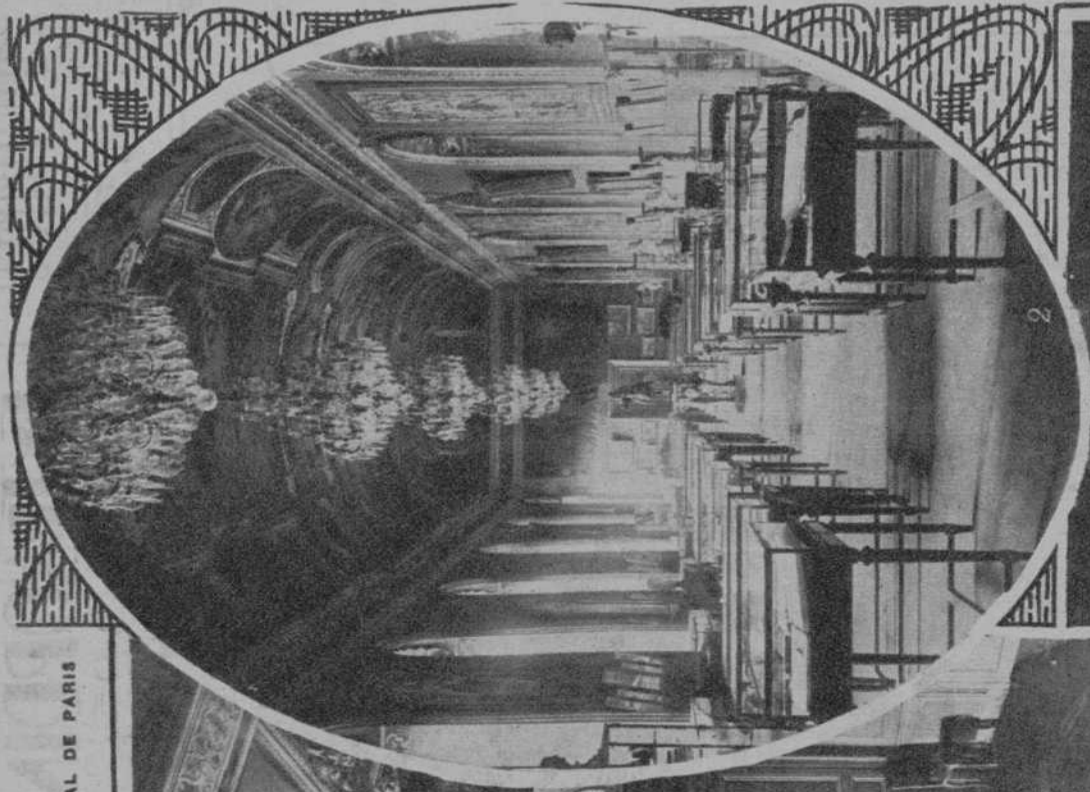
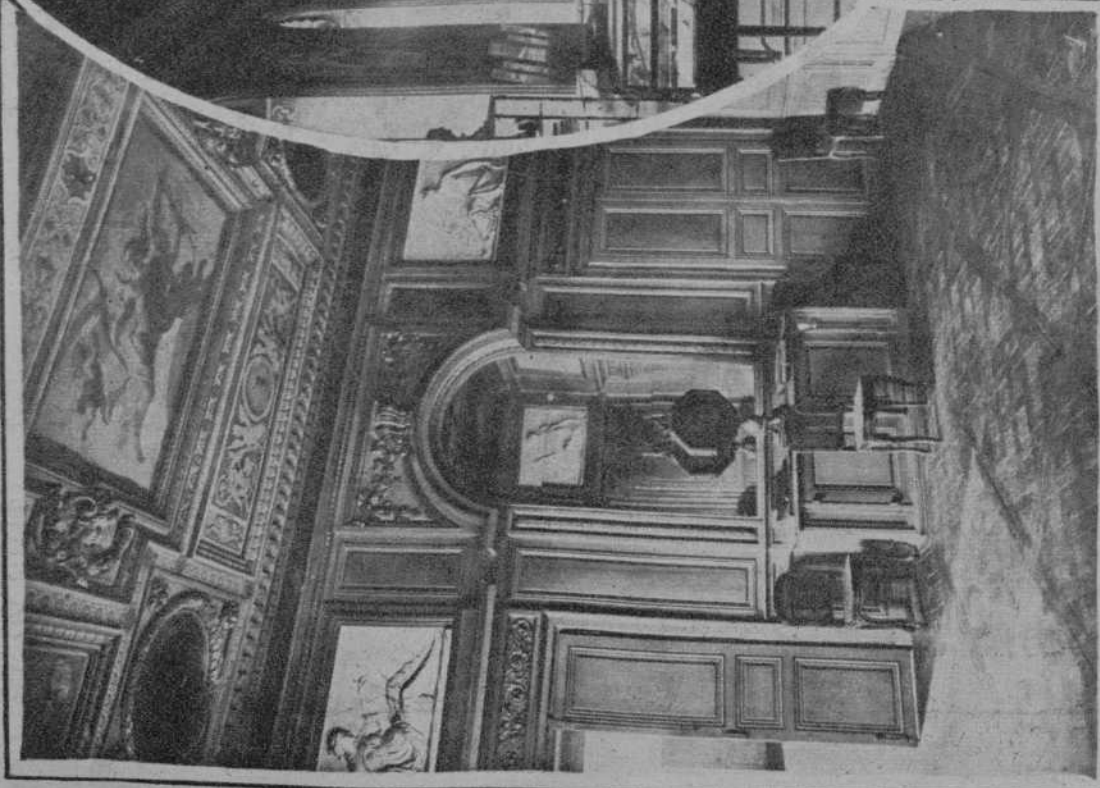
PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Cráfico

Noviembre
11
1928



El genial compositor Franz Schubert, el centenario de cuya muerte se conmemora el día 19 de este mes.—(Fot. Scherl)

LAS SALAS DE MAZARINO, EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE PARÍS



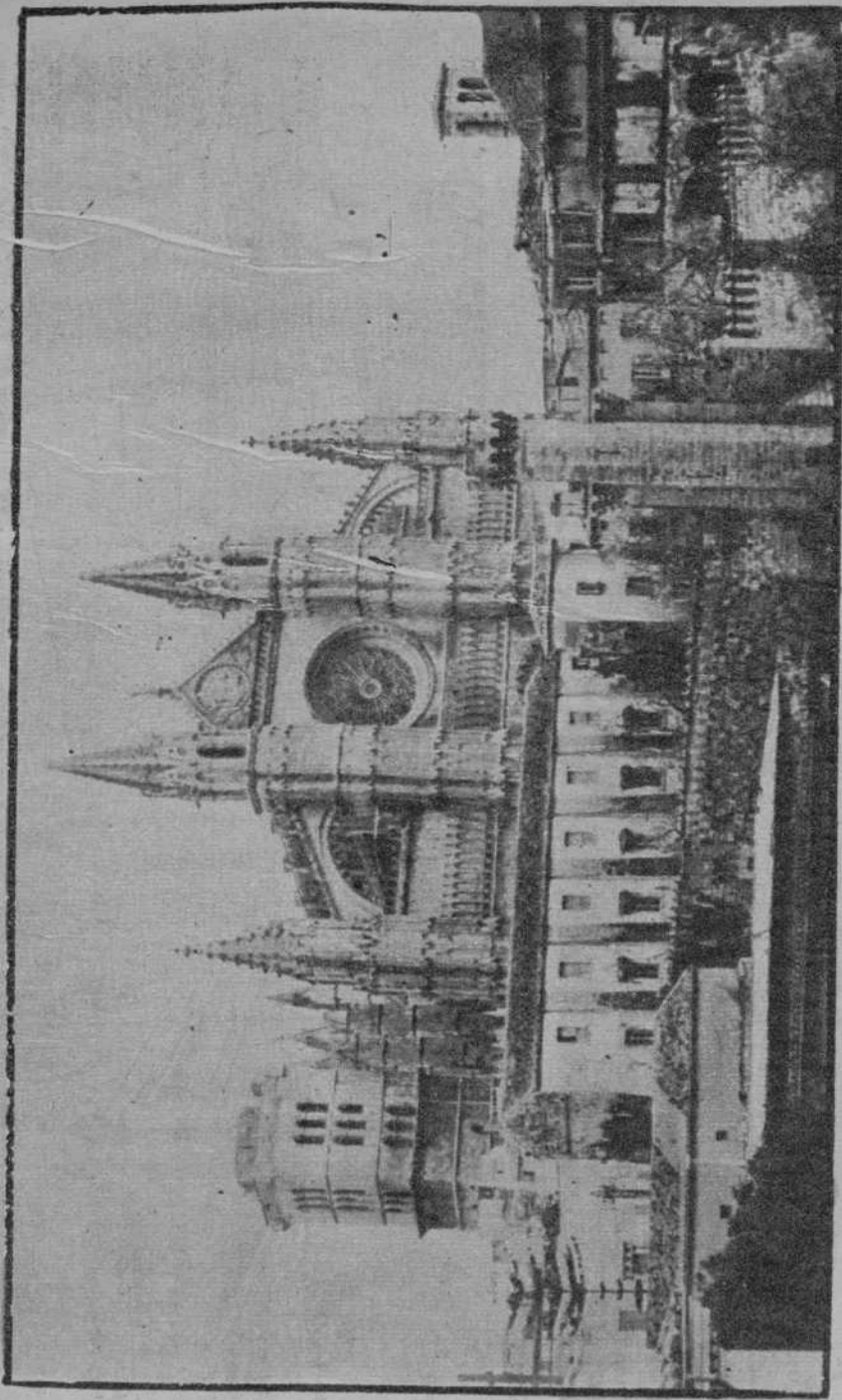
1.—Una de las habitaciones re-
construidas del Cardenal.

2.—La sala de los recuerdos
más valiosos.

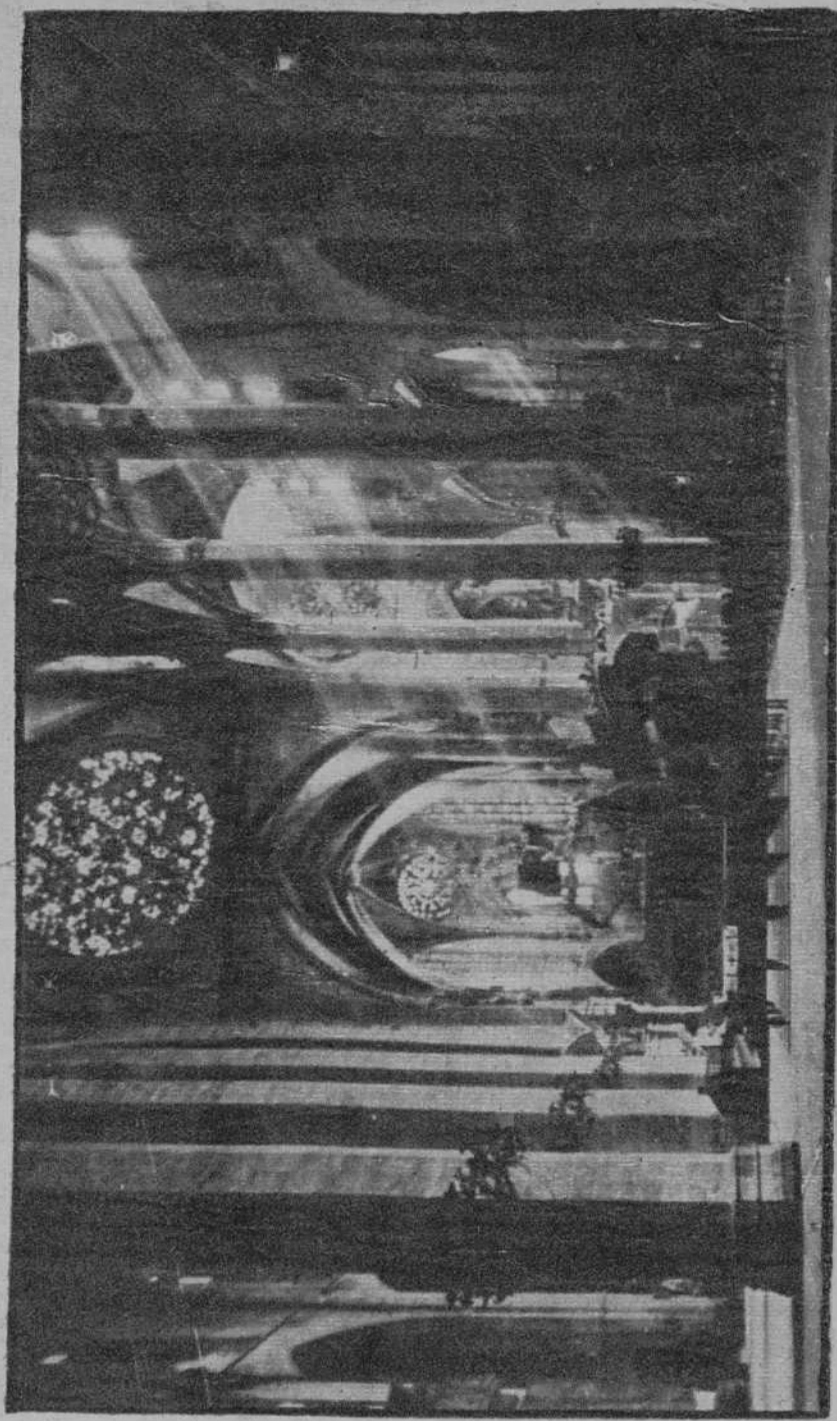
3.—La galería Mazarino.

(Fols. Consercio)

POR SU HISTORIA Y POR LAS BELLEZAS QUE CONTIENE,
LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA SE DESTACA
ENTRE LOS MAS PRECIADOS MONUMENTOS ESPAÑOLES



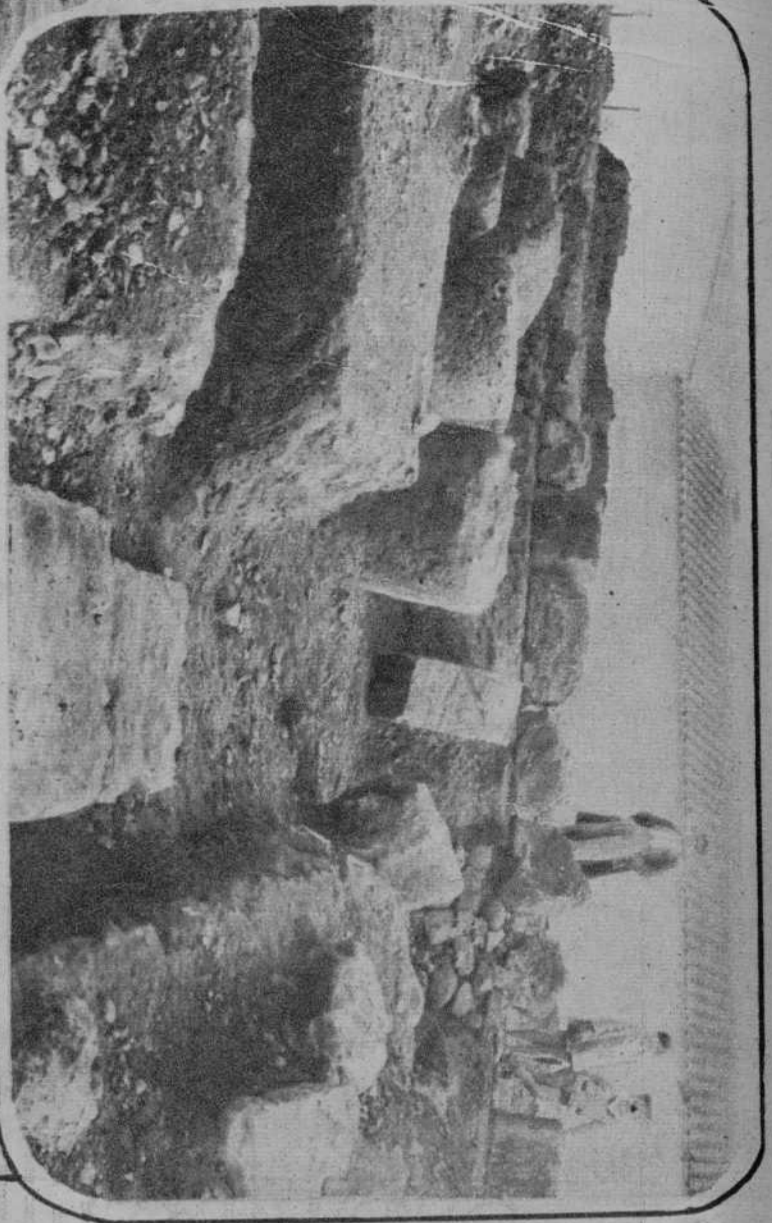
La Catedral y el Palacio de la Almudaina



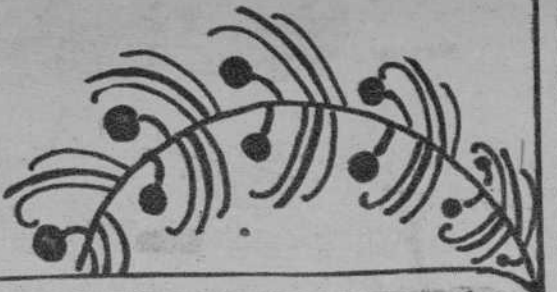
El interior de la Catedral. — (Fot. N. C.)



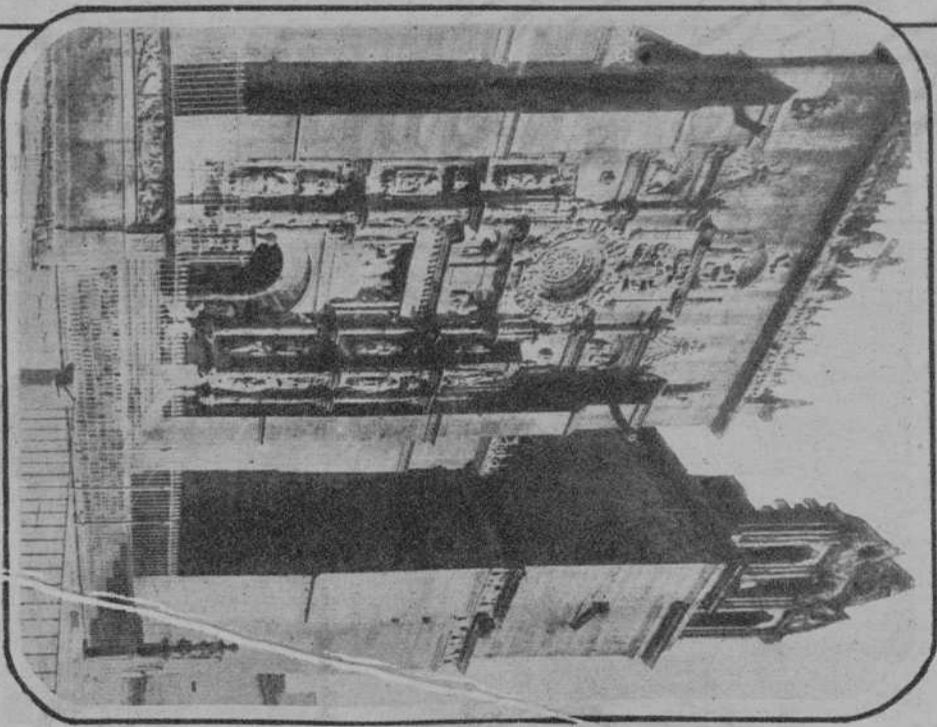
EL DESCUBRIMIENTO DE UN TEMPLO ROMANO, EN CORDOBA



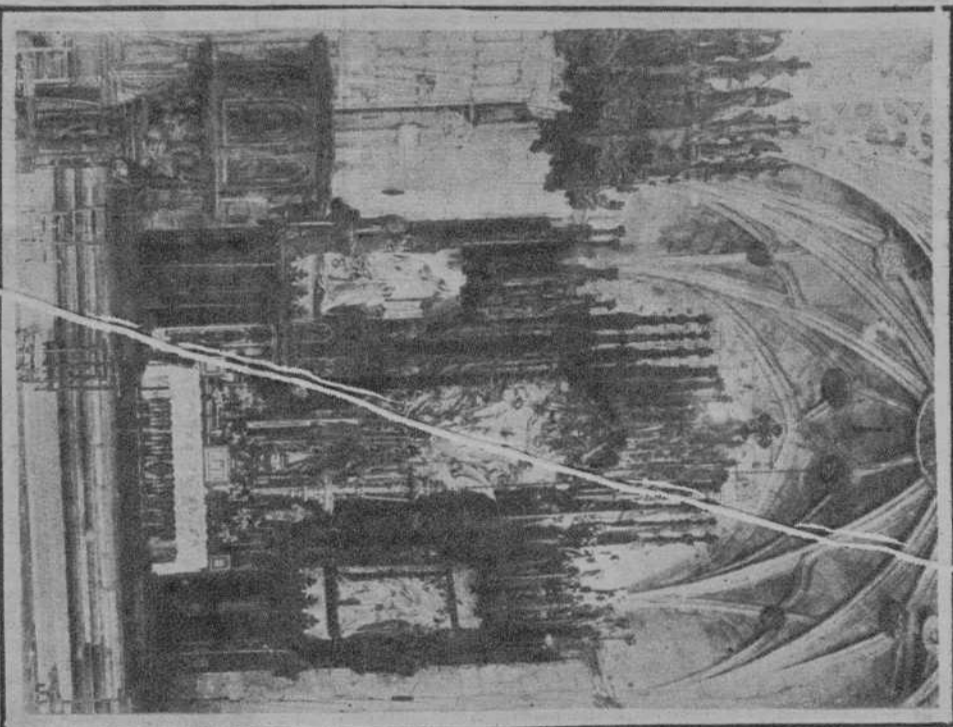
Diferentes aspectos de las excavaciones (Fots. Santos)



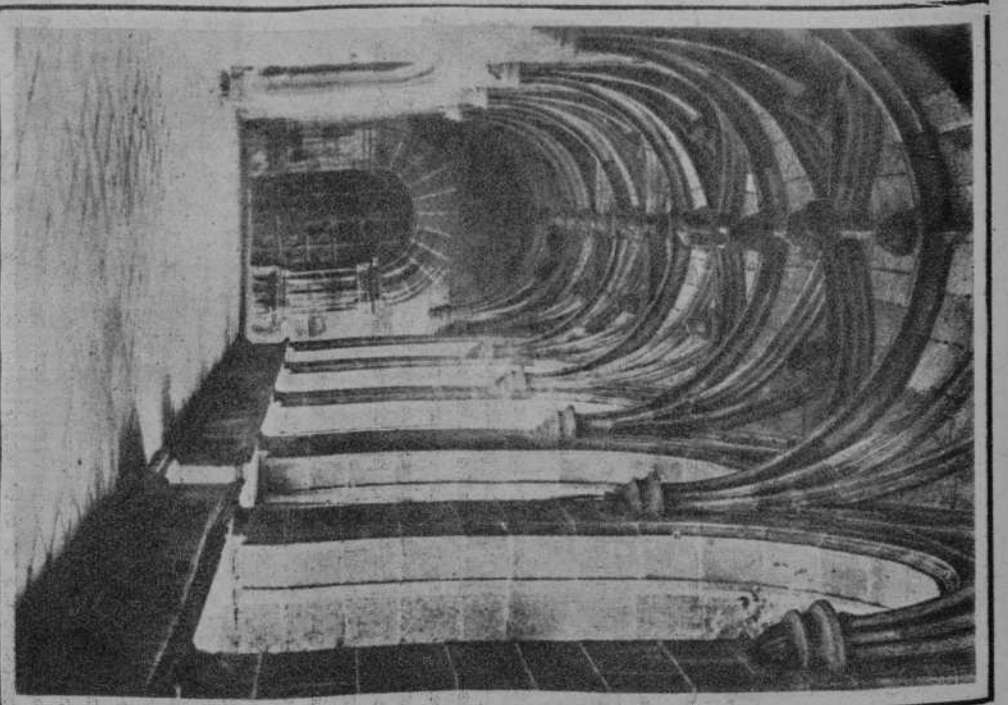
PONTEVEDRA. LA VIEJA. GUARDA RIQUEZAS ARQUITECTONICAS QUE CONSTITUYEN LA ADMIRACION DE CUANTOS LAS VISITAN



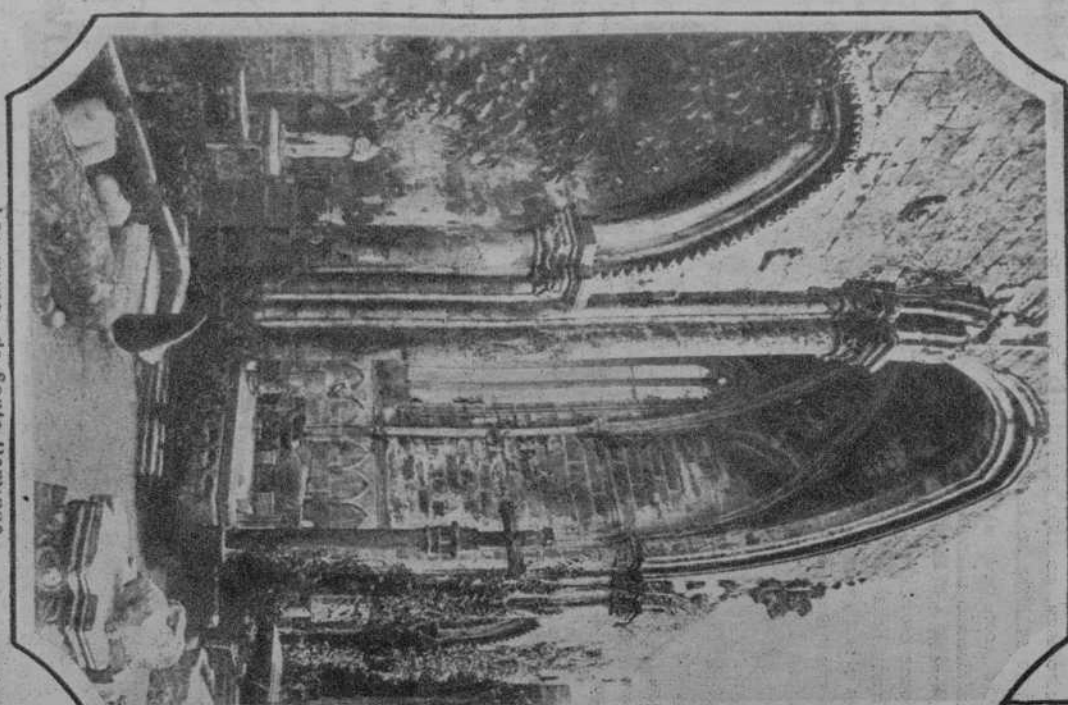
La fachada principal de Santa Maria



El altar mayor de Santa Maria

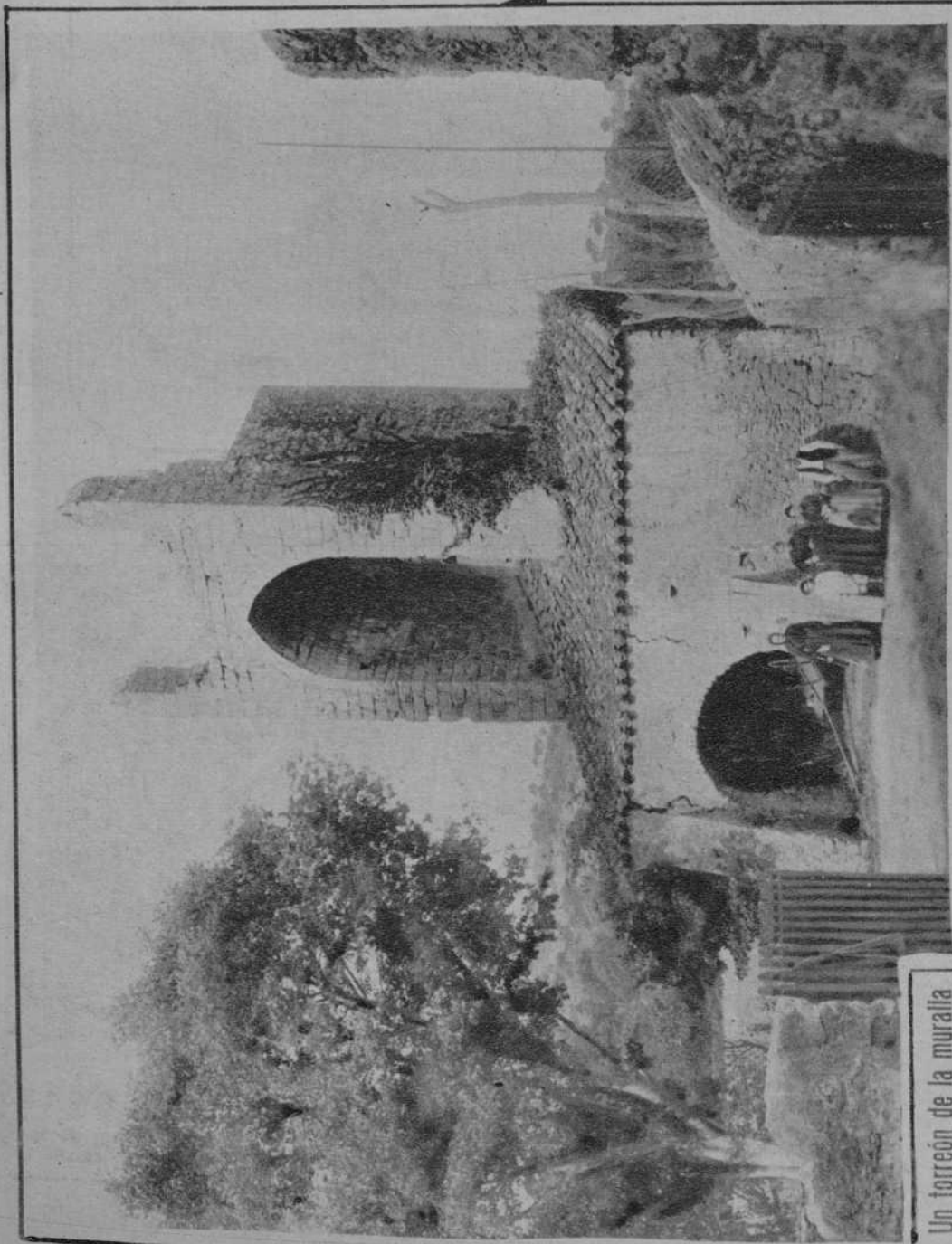


El claustro de los Mercedarios

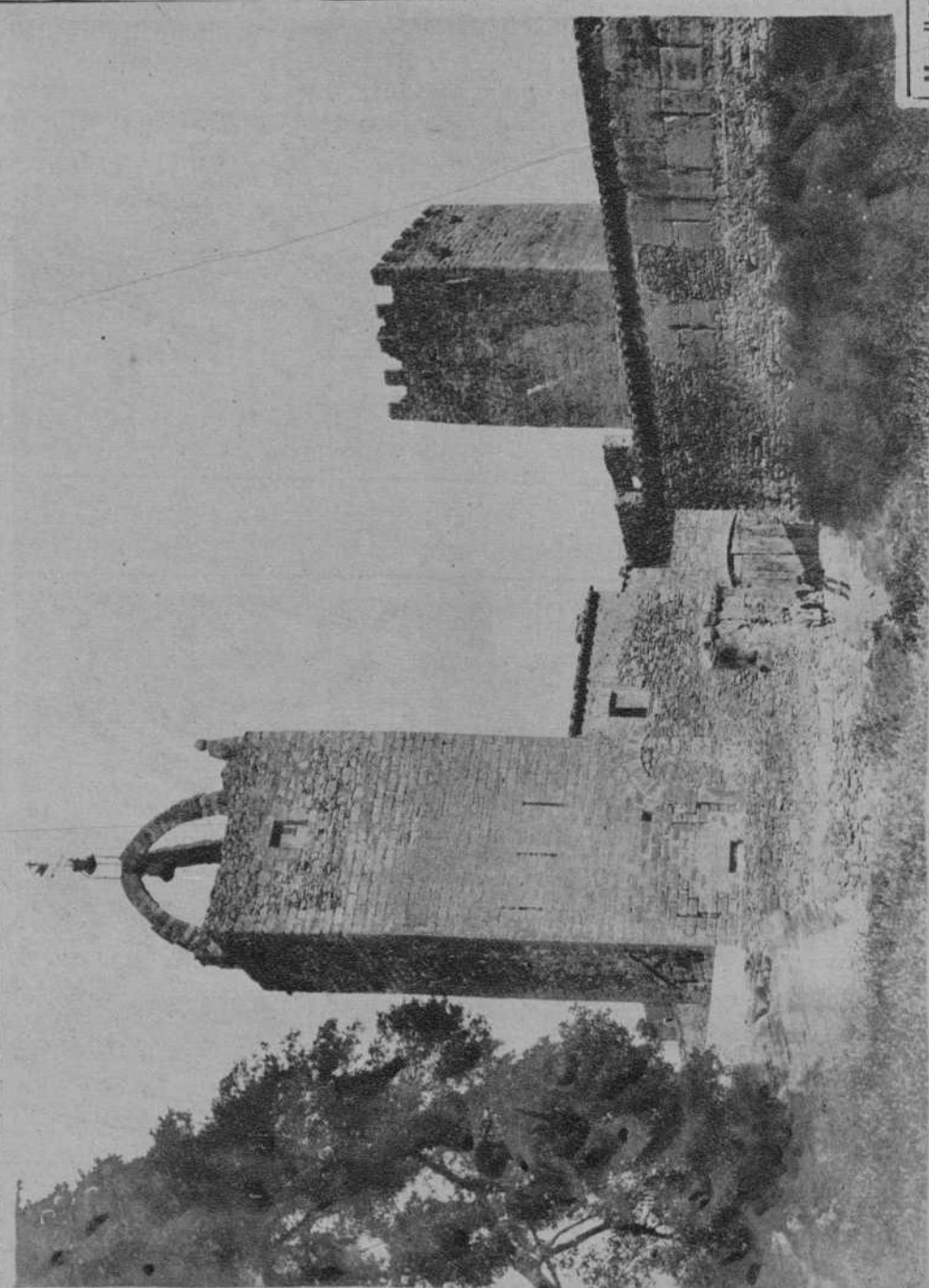


Las ruinas de Santo Domingo

*Los restos
del Castillo
de Peratallada,
en el Bajo
Ampurdán*

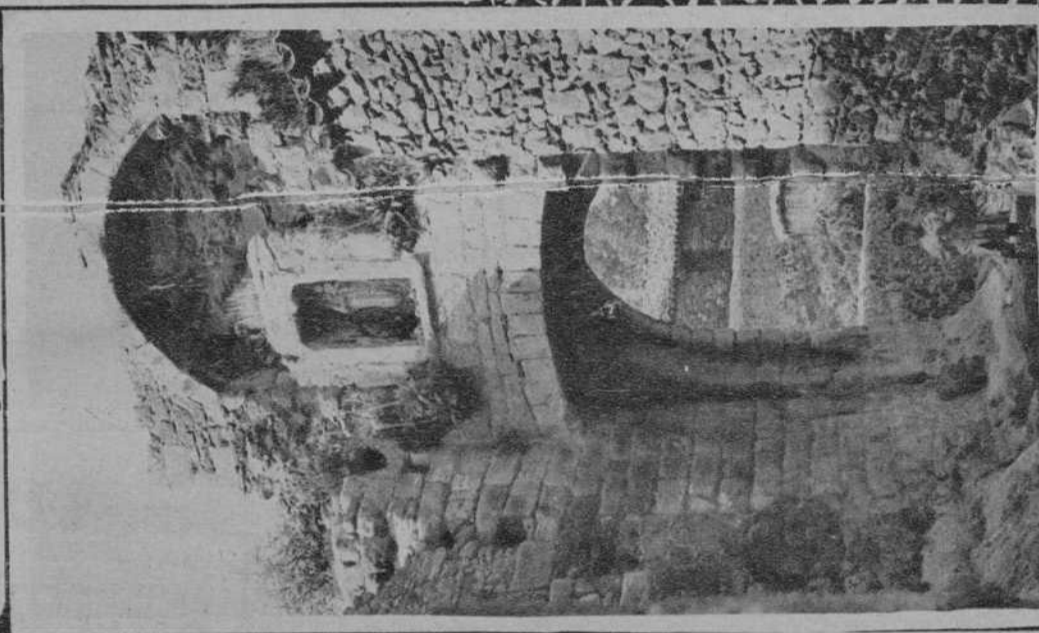


Un torreón de la muralla

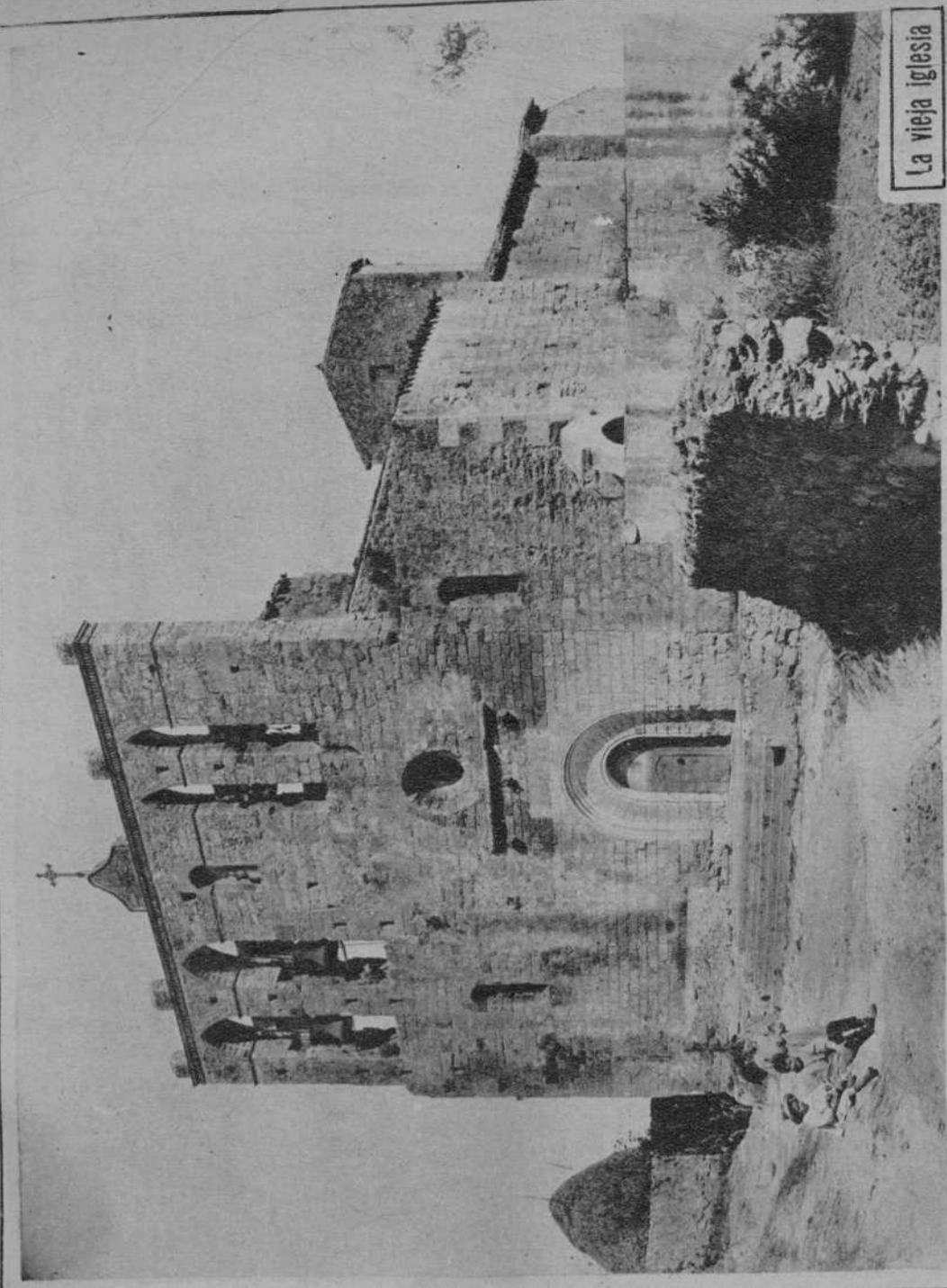


Mirallas y torreones

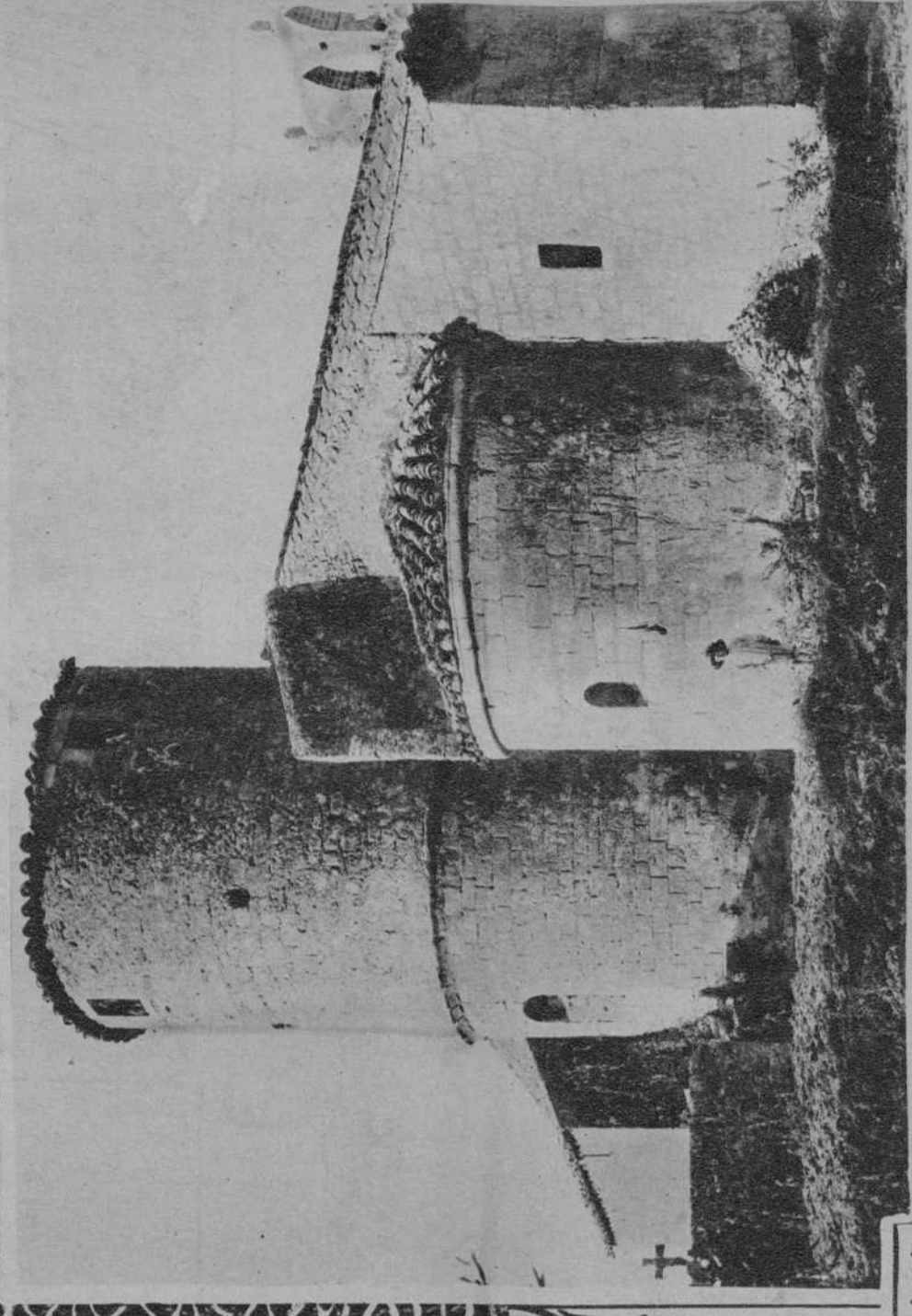
*Los restos
del Castillo
de Peratallada,
en el Bajo
Ampurdán*



La puerta del Carmen



La vieja iglesia



El Abis del templo

LA PRUDENCIA DEL REY DE SIAM

En la corte de Siam, los adivinos dijeron al rey que su hijo Pexia Vuta sería uno de los hombres más sabios del mundo.

Por eso cuando el joven contaba 16 años y ya había realizado los primeros estudios en su ciudad natal, el rey lo mandó a la India para que asistiera a la escuela de un habilitísimo maestro que se hacía pagar mil monedas de oro por cada lección.

Pexia Vuta frecuentó la escuela de ese habilitísimo maestro y al cabo de algún tiempo, concluida su educación, emprendió el regreso a la patria. Caminaba desde hacía algunos días, cuando a la linda de un bosque vio un árbol cargado de manzanas ma-



MEDIDA DE PRECAUCION

—¡Ya usted a patinar sobre el hielo, caballero!

—Sí, señora... Pero... ante las damas. Hay que ver si el hielo es bastante sólido.

ravillosa. Pexia Vuta ordenó al criado que le acompañara que no comiera ninguna de esas frutas bellísimas.

Por lo común, los forasteros, apenas descubren el árbol, devoraban algunas de las manzanas admirables. Pero como esos frutos eran ponzoñosos, los pobres viajeros caían muertos y los habitantes de la aldea vecina no tardaban en acudir para despojarlos de sus bienes.

Lo mismo intentaron hacer ese día los habitantes de la aldea, pero se asombraron al ver vivos al pie del árbol al príncipe y a su criado.

Interrogaron entonces a Pexia Vuta, y éste replicó:

—No es difícil subir al árbol; está cerca de la aldea y en lugar visible. Si las frutas no fueran dañosas, ni una sola labradora quedaría en el árbol. Al notar que los habitantes de la aldea no las tocaban, supuse que esas frutas eran ponzoñosas, no obstante su bellísima.

EN LA OFICINA



—¿Su edad, señora?

—Una dama nunca tiene más edad que la que representa.

—Bien... Pongamos sesenta años.

Para que los niños jueguen....

LA VUELTA AL MUNDO

Los niños se dan la mano y forman un corro todos menos dos; uno de éstos se sienta en el centro del corro; el otro, que es el que debe dar la vuelta al mundo, se aleja durante un momento.

El del centro dice: «El viajero dará la vuelta al mundo a pie, (o en coche, en avión, etc.), a caballo, etc.»

Llega el viajero y da tres vueltas alrededor del corro.

Llegado a su punto de partida, dice: —¿Cómo has dado la vuelta al mundo? —He dado la vuelta al mundo a pie... a caballo...

Si pronuncia la misma palabra que un momento antes ha dicho el niño del centro, entra en el corro y éste gira mientras los niños entonan una canción.

Si se equivoca, todos se lanzan en su persecución.

UNA GANGA



—En una palabra: que usted no sabe hacer nada...

—No... Pero usted lo hace los primeros días, yo lo aprendo y... luego, me marcho para no molestarla a usted más.

EL VISIR ABDUL

El rey de Persia tenía como ministro a un hombre justo: el visir Abdul.

Un día Abdul cruzaba la ciudad a caballo, para dirigirse al palacio. En el pueblo germinaba la rebelión. Cuando la multitud le reconoció, detuvo el caballo del visir y amenazó de muerte al ministro si intentaba resistir. Un hombre osó poner la mano en Abdul y darle un tiron de la barba. Por fin, la multitud le dejó pasar. El visir llegó ante el rey y le pidió que tuviera piedad del pueblo y no castigara al culpable de la grave injuria que se le había inferido.

Al día siguiente, un mercader se presentó en la casa del ministro. Estuvo le preguntó qué quería. El mercader le dijo:

—He venido a denunciarte al hombre que ayer te ofendió. Lo conozco. Es mi vecino y se llama Nahim. Hazle venir y castígale.

El ministro despidió al visitante y envió a buscar a Nahim. Este advino que había sido delatado. Llegó más muerto que vivo a presencia del visir y se arrojó a sus pies.

Abdul le hizo poner de pie y le dijo: —Te he llamado, no para castigarte, sino sólo para decirte que tienes un mal vecino. Te ha denunciado. Desconfía de él. Y que Dios te acompañe.

El profesor durante un largo rato, ha estado hablando de los animales anfibios, a sus alumnos, y pregunta luego: —¿Ver, Perico, citame algunos anfibios... —Las ranas, las piedras... —¿Cómo! ¿Las piedras? —¡Claro! El mismo están en el agua que en la tierra!

LA CHAQUETA

Un campesino ruso se dedicó al comercio y ganó tanto dinero que llegó a ser uno de los más ricos mercaderes. Tenía a su servicio a centenares de empleados, tantos, que no conocía a todos, ni siquiera de nombre.

Un día desaparecieron de su caja de hierro veinte mil rubles. Los jefes de los empleados iniciaron una investigación y concluyeron por descubrir al que había robado el dinero.

Uno de ellos fue a ver al mercader y le dijo: —Ya sé quien es el ladrón. Lo enviaremos a Siberia.

El mercader preguntó: —¿Quién es? —Ivan Petrov ha confesado todo—repuso el jefe.

El mercader reflexionó un poco y dijo: —Hay que perdonar a Ivan Petrov.

—¡Comel! ¿Perdonarle? Si se le perdona los demás harán lo mismo. Disparidarán todo...

Hay que perdonar a Ivan Petrov—replicó el mercader—. Cuando comencé los negocios éramos compañeros. El día que me casé no tenía ni una prenda de vestir decente para presentarme ante el altar. Él me prestó su chaqueta. Hay que perdonar a Ivan Petrov.

AMOR DE MUJERTE POR JACINTO MAMUSTIELES



Ella en París: en el París misterioso y turbulento de 1835.

Dos hombres, caballeros por su porte, habían llamado con prisa a la puerta de una humilde casa cuyas ventanas posteriores se abrían sobre el Sena. Era en la hora confusa del crepúsculo. El dueño de la casa, solicitado pero previsor, asomóse al piso alto para asegurarse de conocer a quien llamaba—que no eran aquellos tiempos de abrir de par en par la puerta al primer alabanzazo—y bajó con apresuramiento al oír la voz que le decía:

—¡Abre, Pedro. Soy yo.

Y, ya dentro de la casa, los visitantes bajaron el embozo de sus capas que habían llevado hasta entonces cubierto a los ojos.

—Perdonad, señor, que os haya hecho esperar un momento—dijo el llamado Pedro, a uno de los llegados—. Pero sabéis que París está infestado de malhechores y no sería prudente abrir sin cerciorarse antes...

—¿Tú eres quien debe de perdonar si llamamos con demasiada viveza, pero, París,

a más de infestado de malhechores, lo está de espaldas que son más temibles, y tampoco era prudente permanecer mucho rato en la calle, si quiera fuese llamando a casa tan honrada y tan insospechosa como la tuya.

—Gracias, señor. Recédmelo el honor de santaros.

—No debo perder minuto, Pedro. Amigos traidores vienen siguiéndome los pasos y más temo a una falsa delación que a la espada de un saltador de oficio. Vengo a pedirte un favor, tan grande como urgente. ¿Puedo contar contigo?

—Me conocéis veinte años, señor, y veinteaños de adhesión hablan por mí más que cuanto mi palabra torpe pueda decir. He sido un fiel amigo de vuestro padre y tengo para vos el mismo afecto y el mismo respeto.

—Es que el favor que vengo a pedirte, Pedro, requiere también el silencio más absoluto. Es un doble favor, por el favor en sí y por el secreto en que has de tenerlo.

—¿Desconfiáis de mí? —Si desconfiara no vendría. He querido

advertirte de que una sola palabra de este asunto con persona extraña a nosotros tres, pudiera ser funesta para todos.

—Decid en qué puedo servirte.

—Este caballero inglés—dijo, señalando al que le acompañaba—es gran amigo mío. Ha llegado hoy de su país y mañana ha de seguir su viaje hacia Alemania. En todo París no conozco sitio seguro donde alojarse. Mi casa está siempre vigilada, porque mis amistades con extranjeros son sospechosas al Gobierno. ¿Quiereis hospedarte tú, buen Pedro?

—Con la mejor voluntad. Pobre es mi casa, pero vuestro amigo puede estar seguro de hallar en ella buena mesa y buena cama y buena amistad.

El extranjero tendió a Pedro su mano y dijo con dulzura:

—Sois muy amable abriendo así vuestra casa a un desconocido.

—No sois desconocido para mí, señor.

—¿Me visitáis en alguna parte?—preguntó el extranjero con leve inquietud.

—Nunca, hasta este momento; pero vi-

dicen de esta existencia inquieta y angustiosa, entre odios y guerras?

—Dicen que es la peor de las vidas, señor, porque las luchas entre hermanos son las más horribles. A cada momento hay que dejar el trabajo que proporciona el pan, para tomar las armas que producen la muerte. Y lo absurdo es que los dos bandos combaten en nombre de Dios.

—Absurdo, es verdad. Vino Dios al mundo para predicar el amor y hoy unos y otros toman su nombre para predicar la guerra.

No replicó Pedro, porque en aquel momento erugió la estrecha escalera de madera al bajar la pequeña Margarita, y los dos hombres volvieron la cabeza a la graciosa mujercita que se acercaba.

—Es mi hija, señor.

—Hermosa de verdad. Podéis alabaros, señor Pedro, de tener por hija a la muchacha más graciosa de París.

—Quiérame Dios de alabaros de semejante cosa. Es su bondad la que me enorgullece; es su inocencia, su sencillez y su ternura.

—Muy feliz es la veis y largos años. Margarita, aunque con cierto gesto de extrañeza, no aparentaba estar turbada.

Quizá no oía los elogios de uno y otro, distraída en examinar al extranjero desconocido. Porque ella había bajado creyendo encontrar a su amigo de su padre, tal como su padre no eran tan distinguidos y elegantes caballeros. Por eso le miraba atentamente, con fijezca que hubiera sido imperceptible si no demostrase que era deslumbramiento.

El caballero, obsequiosamente en pie, ella era elevada, que su figura acusaba gallardía y que sus vestidos eran de la riqueza y el buen gusto que distinguían a los hidalgos de abolengo.

Margarita sólo había visto tan gentiles señores un día que en pleno bosque preseron volozmente ante ella unos policromados jinetes persiguiendo a un ciervo. Preguntó y le contestaron que eran los jóvenes nobles de la corte del Rey. Y ella, durante muchas noches, soñó con los elegantes de buen linaje, de apostura cautivadora y de joyas y armas que respaldaban como soles. Y se dijo que el amor de aquellos caballeros debía ser la suprema felicidad.

Y se confesó, en el secreto de su alcorca, que entregaba su corazón al primero de ellos que Dios le cruzara en su camino.

Y desde entonces le aguardaba día y noche, como las niñas que han leído muchos cuentos de hadas esperan al príncipe encantado que una bruja convirtió en cisne y al lado de ellas desaharó el hechizo y les ofrecerá su trono y su amor.

La cena, abundante y gustosa; la conversación, grave y cortés entre los dos hombres. Las mujeres no, no hablaban. Gervasia comía calmadamente y cuando levantaba su vista del plato era para ver si al forastero o a su esposo faltaba algo que servirles. Se sentía satisfecha de haber preparado tan pronto y bien una cena digna.

—A ver, monín; saca la lengua.

—¡Qué! ¡Pochitos pescoceros me ha costado la bromita!

sobre un árbol muy alto, se ocultó entre el follaje.

Llegó el cazador, y al ver su red toda roja se irritó vivamente.

—¿Quién ha roto mi red?

Miró a su alrededor y vio casi a sus pies a la tortugueta, que había acudido para ayudar a la rata.

—¡Qué linda tortuga!—dijo el cazador—. La pondré en mi bolsa. Esta noche haré contigo una buena sopa.

¡Pobre tortuga! ¡La iba a comer!

Por fortuna, el cuervo vio al cazador cuando ponía la tortuga en su bolsa. En seguida corrió a dar la noticia a la gacela y a la rata.

—Rápido; es preciso que abras la bolsa con tus dientes, para que saiga la tortuga.

—Sí—dijo la rata—; pero el cazador lleva la bolsa al hombro y me verá.

Entonces la gacela salió de su escondite y se dirigió hacia donde se hallaba el cazador, empujando despacito, como si tuviera una gacela herida en una pata. No puede correr. Me será fácil casarla.

Dejó la bolsa en el suelo para correr más ligero y, persiguiendo a la gacela, entró en el bosque.

Entonces la rata se acercó a la bolsa y cortó los cordones con los dientes. Abrió así la bolsa y la tortuga pudo salir.

El cuervo volvió en seguida para decir a la gacela:

—Ya salió la tortuga de la bolsa. Ahora buyamos nosotros.

Al oír esto, la gacela ya no hizo como si estuviera herida. Echó a correr muy ligero y el cazador no pudo alcanzarla. El cazador volvió en busca de su bolsa. Pero ¿dónde está la tortuga? Se había escapado y estaba ya lejos, a la grupa de la gacela.

Los cuatro amigos volvieron a su casita.



GRAVE INCONVENIENTE

—¡Hombrel! ¡Si tanto te gusta, pide su mano!

—Es que... ¡Sus manos son lo que me nos me gusta de ella!

La hormiga y el caracol

FABULA

Una hormiga, en exceso pretenciosa, convencida de ser muy laboriosa,

—¡Adiós, doña Avarecical! Vaya pistol pasó ante un caracol, activa y fiere, sin saludar siquiera.

—Perdone el caracol, que no le he visto... Y no me ponga motes, que soy dama de muy sólida fama...

—¡Si es la verdad, señora...!

—¿Quién desconoce lo que usó ástora?

—Para el invierno, frío y traicionero, es tan sólo que lleno mi granero...

Más como usted que yo, seguramente, y se pasa la vida ricamente...

—A mí me juzgan todos importuno, y sin embargo, yo, en invierno, ayuno.

Como, en verano, es cierto, cuanto puedo, pere en invierno permanezco quieto, mientras que usted acapara

el mismo que un judío, con avata sordidez... Más aún: por afán vano de amontonar el grano.

—¿Dónde está su virtud, amiga mía?

—No será su virtud tacañería?

—¡La llaman laboriosa los poetas!

—¡Es que ignoran sus tretas!

—Guárdate para mí, excesivamente, y esto, señora hormiga, ¡no es decente!

... ..

—¡Callóse el caracol. Marchó la hormiga, de las grandes verdades enemiga a abrir otro agujero

que le sirva de alio y de granero.

CLOVIS EIMERU



¡NI AL MEDICO!

—A ver, monín; saca la lengua.

—¡Qué! ¡Pochitos pescoceros me ha costado la bromita!

—¿Qué? ¿Tendrás muchos amigos?

—Muchos... no estoy seguro.

—La amistad se ve sometida en esta época a pruebas tan rudas, que fácilmente ti-tuba.

—La amistad sincera no titubea nunca. Nace espontánea y se mantiene como el más sagrado de los deberes. No siendo así, no es amistad.

—Opino igualmente. Y decidme, señor Pedro ¿vive muy en contacto con el pueblo?

—Trato a bastantes obreros.

—¿Y qué piensan de la situación? ¿Qué

na del paladar más exigente. También le envanece hospedar en su casa a caballero que denota tan alta calidad y se complacía en oír la discreción con que su esposa respondía a las profundas cuestiones que exponía el esbaldado.

Margarita, frente por frente al desconocido, comía poco. Toda su atención se concentraba en el misterioso personaje que a cada momento se le iba acercando.

—¿Qué linda tortuga!—dijo el cazador—. La pondré en mi bolsa. Esta noche haré contigo una buena sopa.

¡Pobre tortuga! ¡La iba a comer!

Por fortuna, el cuervo vio al cazador cuando ponía la tortuga en su bolsa. En seguida corrió a dar la noticia a la gacela y a la rata.

—Rápido; es preciso que abras la bolsa con tus dientes, para que saiga la tortuga.

—Sí—dijo la rata—; pero el cazador lleva la bolsa al hombro y me verá.

Entonces la gacela salió de su escondite y se dirigió hacia donde se hallaba el cazador, empujando despacito, como si tuviera una gacela herida en una pata. No puede correr. Me será fácil casarla.

Dejó la bolsa en el suelo para correr más ligero y, persiguiendo a la gacela, entró en el bosque.

Entonces la rata se acercó a la bolsa y cortó los cordones con los dientes. Abrió así la bolsa y la tortuga pudo salir.

El cuervo volvió en seguida para decir a la gacela:

—Ya salió la tortuga de la bolsa. Ahora buyamos nosotros.

Al oír esto, la gacela ya no hizo como si estuviera herida. Echó a correr muy ligero y el cazador no pudo alcanzarla. El cazador volvió en busca de su bolsa. Pero ¿dónde está la tortuga? Se había escapado y estaba ya lejos, a la grupa de la gacela.

Los cuatro amigos volvieron a su casita.

—A ver, monín; saca la lengua.

—¡Qué! ¡Pochitos pescoceros me ha costado la bromita!

—¿Qué? ¿Tendrás muchos amigos?

—Muchos... no estoy seguro.

—La amistad se ve sometida en esta época a pruebas tan rudas, que fácilmente ti-tuba.

—La amistad sincera no titubea nunca. Nace espontánea y se mantiene como el más sagrado de los deberes. No siendo así, no es amistad.

—Opino igualmente. Y decidme, señor Pedro ¿vive muy en contacto con el pueblo?

—Trato a bastantes obreros.

—¿Y qué piensan de la situación? ¿Qué

Las lluvias de animales

Hace unos cinco o seis años, durante una tempestad de nieve en la región montañosa de Tremblay, Francia, cayeron del cielo en cierto momento, insectos, arañas y gusanos vivos, pertenecientes a especies desconocidas en esas regiones, y en tal cantidad que constituían montones en una extensión de centenares de metros.

Esse espectáculo fué considerado un prodigio por muchas personas, pero no es más que un caso citado al azar entre otros muchos semejantes. Los autores de la antigüedad clásica mencionan varios; limitémonos a consignar algunos relatos modernos de autenticidad más segura, del mismo fenómeno. El profesor F. Pouchet, que fué director del Museo de Roda, refiere:

«Una compañía de soldados, durante la Revolución francesa, hallábase en marcha en pleno campo cuando fué asaltada por una lluvia de sapos y ranas pequeños que los acotaba al rostro. Los soldados abrían los pañuelos a la altura de la cabeza y un instante después los tenían cubiertos de animaluchos...»

El oficial inglés John Harriot narra que durante una violenta tempestad en el este de una marcha de nuestro ejército en los alrededores de Pondichery cayó sobre nosotros una gran cantidad de pececillos. Muchos cayeron sobre los sombreros de los hombres. El general Smith los hizo recoger y cuando llegamos al campamento se preparó con ellos un plato que fué servido en la mesa del jefe.

En los anales de la Sociedad Real, de Londres, se relata que «el miércoles 15 de Kent, alejda del mar, quedó cubierta por una gran cantidad de pececillos del tamaño del dedo meñique».

El señor Pouchet, ya citado, dice que en 1834 cayó sobre la ciudad otra lluvia de sapos que cubrió en pocos momentos calles y tejados.

Bastan esos ejemplos para demostrar que las lluvias de animales son un fenómeno real, producido muchas veces. ¿Cómo explicarlos? De una manera muy sencilla; en duda todos nuestros lectores han visto alguna vez en un camino un remolino de polvo o de hojas secas arrastradas por el viento.

Supóngase que ese remolino encuentra su paso un banco de peces que se deslizan en la superficie del mar, o que, al pasar sobre un pantano absorba todo su contenido en su poderoso movimiento espiral. Ahora bien; todo cuanto la tromba ha recogido en su camino caerá cuando disminuya su fuerza y se disloque deshaciéndose en lluvia, a veces lejos del punto de su formación.

Tal es el origen de las lluvias de peces de ranas o de insectos de que hemos hablado.

También hay lluvias de langostas que se convierten en una verdadera plaga, que el viento suele arrastrar atorbellinadamente.

No se trata, pues, de ningún fenómeno diabólico.

PAGINAS INFANTILES

La firme amistad

El cuervo, la gacela, la tortuga y la rata eran buenos amigos. Vivían en la misma casa, que era una gruta bajo un peñasco. Comían juntos, jugaban juntos. Un día la gacela no fué a comer con sus tres amigos.

—¿Dónde está nuestra amiga la gacela? —dijo la rata.

—Quizás esté enferma—contestó la tortuga—. Si yo hubiera sido como el cuervo, iría en seguida a ver qué le pasa.

—Bien—dijo el cuervo—; volaré alto, muy alto, y quizás la vea.

El cuervo voló muy alto y vió a la gacela presa en una trampa, una gran red, de la que no podía salir. ¡Fóbrese gacela! No tardaría en llegar el cazador.

El cuervo bajó rápidamente.

—Amigos míos, la gacela está presa en una red y no puede salir. Vayamos a liberarla para que el cazador no se la lleve.

—Yo iré corriendo y roeré los hilos de la red—dijo la rata—. Haré un gran agujero



PREVISION INFANTIL

y la gacela podrá salir. Indícame dónde está, amigo cuervo.

—Y yo, ¿qué haré?—dijo la tortuga.

—Tengo entendido que Pepito Pérez es un niño muy travieso... Procura aljarte de él.

—Ya lo hago. Él es el primero de la clase y yo soy el último.

haciéndole colaborar eficazmente en sus obras.

Hacia los 22 años, se estableció asociándose con Puigferrer. Colabora con éste, en la construcción del monumento a Prim. Hace también floritas en la estatua de San Severo de la antigua fachada, gótica del Ayuntamiento, y Rius y Tautet le encargó para la Casaca del Parque, la estatua de una niña, y un grupo de niños, pero su proficiencia hacia la escultura, religiosa, la hacen colaborar asiduo del arquitecto Juan Martorell, quien le encarga todas las estatuas de la parte exterior de la iglesia del convento de las Salesas, así como también, las de la fachada del templo de la real catedral de los Padres Jesuitas, en la calle de Caspe y las principales del interior, excepto los relieves hechos por su hijo Carlos.

Acercándose su reputación en la imagenaria religiosa, trabaja constantemente, no sólo para Barcelona, sino que en Manresa, Lloya, las provincias del norte de Levante, Filipinas y varios estados de la América del Sur guarda obras de nuestro escultor.

En Manresa tiene ocho imágenes en la iglesia de la Santa Cueva. En el Museo Irenáimo de la misma ciudad, se halla el grupo en yeso de San Ignacio herido y en el cementerio, en la capilla patética de la familia Ferrer, un ermitaño. Uno de los triunfos más populares de Floreta fué, sin duda, el efecto causado en la multitud cuando, al sacarse procesionalmente la estatua de San Pedro Claver, en la fiesta que en su centenario se hicieron en Jarragueta. Aquel indiano era, membra vitis de mil bocas, lo decía todo.

—Ya caminas demasiado despacio. No podemos esperar. Quedate en la casa.

La rata echó a correr, el cuervo voló un poco más adelante, para enseñarle el camino. Llegaron al sitio donde estaba la gacela presa.

—No tengas miedo, gacela; no llores; vamos a liberarte.

La rata se puso a roer con sus agudas denticelas las mallas de la red. Frente a una malla quedó rota, se seguía otra; pero fin hubo un agujero en la red. La gacela pasó por él la cabeza, pero no pudo pasar el cuerpo. El agujero no era bastante grande.

—Ree, ratita, ree; el agujero es chico. No puedo pasar.

La rata estaba cansada pero volvió a ponerse a roer. Rompió otras dos mallas. El agujero era grande. La gacela hizo un esfuerzo y salió de la red.

—¡Eso sí!—gritó el cuervo—. Veo al cazador que viene hacia aquí.

La gacela corrió hacia el bosque y se ocultó detrás de una mata. La rata entró en una madriguera. El cuervo, que voló

democrático, en vez del banquete proyectado, aceptó una sencillez merceda, en el que alegre, hizo pasar un buen rato a los comensales, obsequiándose a su vez, con un elástica caja de rapé.

Su carácter atrevido y expansivo, le valió la popularidad, entre la juventud, con la que asistía siendo ya de alguna edad a todos los acontecimientos artísticos de Barcelona. Entusiasta de Wagner, asistente asiduo a todos los conciertos y las representaciones teatrales de importancia, y ferviente de la Duse, la Vitaliani, Zaccari, Casavaglia, etc. No tenemos satisfacción completa en la pena de los éstos, sino vestimos a Floreta, a Gimeno, a Urgellés, los patriarcas de la juventud entusiasta.

Gran amigo y aliado de «Ella Negra» capitaneados por Alnau, era un comprensivo del arte antaquis de Mani a pesar de sus teorías artísticas completamente opuestas.

La producción de Floreta, es copiosa, y en toda ella se destaca la característia de un arte modesto, que sin querer sí mismo de lo corriente, procura mejorarse siempre, logrando muchas veces, producir emoción, por el realismo que logra dar a sus figuras.

Su obsesión constante fué dar un ejemplo de perseverancia en el estudio, y alcanzó tanta eficacia en aposteado, que logró influir en la actividad de su hijo Carlos, en el arte serio y concienzudo de su nieto, el escultor Matheua Floreta y en todos los que le rodeaban.

El año 1917 dió fin a su tan fecunda y laboriosa existencia.

JOAQUIN BAS QIICH

El humano egoísmo le hizo desear que despartase su marido. Serían dos a compartir la inquietud. Pero Pedro tocaba tan a sus nacías que Gertrudis se avergonzó de haber pensado en interrumpirle por un exceso de suspicacias. ¡Si pudiera dormir ella también...! Y cambió de postura y apretó los párpados, rezando entre dientes para llamar al sueño.

De pronto oyeron los pitidos de la escalera de madera. Fueron unos crujiidos retumbantes como descargas de muerte. Oyó que no podía ser verdad y esperó. Luego le pareció oír el rechinar de una puerta que se abría... Luego percibió voces que susurraban... ¡Bah! No sería verdad. ¡Hace creer tantas cosas el miedo! Volvió a pensar en despartir a Pedro y que la duda era una doble ofensa. Pero el corazón seguía latiendo con fuerza, como llamadas de auxilio, como gritos de angustia.

Después, muy despacio, se echó de la cama, se puso una capucha sobre los hombros y subió por la escalera de madera. Y ante el resaca de los huéspedes se detuvo y acoró la oreja a la puerta, despacio, muy despacio...

No se había equivocado. Margarita estaba allí. Había pedido al misterioso extranjero que aplanasen su viaje, se prefirió de haber de decirle cosas muy graves. Y le suplicaba por todos los santos que no alzara la voz, para que sus padres no oyeran que había la presencia del caballero para que la hija olvidara su recato.

—¿Qué cosas graves son esas? ¡De política!—

—¡Oh, no!—había respondido Margarita con hilo de voz—. Yo no entiendo las cosas de política. Sólo entiendo las cosas del corazón.

El caballero sonreía dulcemente, quizá, también, melancólicamente.

—Soy muy niña todavía y he vivido demasiado yo para no saber leer claramente en ojos tan ingenuos como los vuestros. Vos sólo entendéis las cosas del corazón, porque en el corazón tendís la fantasía, la inocencia y las ilusiones. Y yo... no creo en el corazón.

Ahora Gertrudis no oía nada. Margarita había enmudecido, sin saber qué decir. El caballero seguía sonriendo con melancolía y le acaricaba las manos, como picándole por la congaja que notaba en ellas.

—Os he soñado muchas veces—dijo ella, luego—y sabía que habíais de venir.

—Os equivoquéis, hija mía. No soy yo el que esperáis.

—Si, sois vos; os he conocido muy bien. Os vi primeramente en una caeña, con otros nobles de la Corte... Y no debéis marchar más.

—Por el contrario, no puedo permanecer un sólo día en París porque ello sería mi muerte y quedé ya de mis compañeros.

—Os defenderé yo.

—Vos, hijo, podríais esconderme aquí una temporada. Nada más. ¿Qué podríais hacer contra una persecución que dirige Francisco II?

—Pero vuestro destino está aquí, conmigo...

—No queráis soñar demasiado. Mi destino está ahora en Holanda donde me esperan Lutero y Calixto.

—¡Lutero!

—¿Conocéis ya su nombre? Ya vos como al que no conocéis es a mí.

—No importa... no importa...

Gertrudis, con latido sigilo, descendió al primer piso sin apenas apoyar los pies en los pedales, sin casi respirar, suspirando el corazón que latía violento. Y allí se detuvo señalada por un nuevo temer. El extranjero tenía una espada y dos pistolas; Pedro sólo conservaba su antiguo mandoble de argenteo de armas... ¡No! no debía despartir al marido, no podía exponer su vida...

Y luego sigilo bajando la escalera abrió la puerta y salió a la calle.

El ruido de pasos precipitados y ruidos despertó a Pedro con sobresalto. Casi desnudo se echó de la cama y vió un grupo de arqueros de la ronda que hablaban con insurante con Gertrudis y se disputaban a subir la escalera.

Jugó la situación en seguida. La ronda iba a prender al extranjero confiado en su casa. Dormía cuando llamaron, y su mujer, de sueño profundo, había abierto incautamente sin sospechar el mal que había. Ahora comprendía que obró mal en no comunicar a su esposa las advertencias que el señor Barvais le hizo sobre su amigo extranjero.

No dudó un segundo. Como un relampago corrió a la habitación de su huésped, cerró la puerta por dentro y, sin ver a su hija, abrió rápidamente la ventana y dijo al caballero:

—La ronda sabe detrás de mí. Esta ventana da al Sena. Corredis peligro de ahogaros; pero, si dudáis, los arqueros echarán esta puerta abajo ahora mismo.

—No será necesario—dijo el caballero, con calma que helaba la sangre—. La abriré por mí mano para que no hayáis de arrepentir.

—¿Qué hacéis?

El caballero abrió la puerta, ante la que estaban ya los arqueros y, volviéndose a Pedro, respondió con sencillez:

—Me entrego a la hoguera.

Los arqueros miraban al extranjero, como Pedro, con sorpresa y con incredulidad. Sabían que tenía buenas armas y quizá esperaban una lucha rabiosa. Por eso el que mandaba la ronda le preguntó con tono de desconfianza:

—¿Os entregáis de buena voluntad, caballero?

—De buena voluntad, no. Me rindo a la fuerza. Una resistencia sería inútil y comprometería gravemente la noble hospitalidad que se me ha dado en esta casa. Es lo que acabo de decir a vuestra hija, señor Pedro, cuando ha subido, un minuto antes que vos, para avisarme el peligro. Y, nuevamente dirigiéndose a los arqueros, terminó

ces. Pedro escuchaba, moviendo la cabeza en gesto de pesadumbre. Margarita abrió cada vez más sus ojos con asombro, porque no entendía claramente las palabras de huésped y en su fantasía creía oír decir: «En la cacería de mi amigo el rey Enrique de Inglaterra... En la entrevista amorosa que tuve con María de Lorena... Asistí a un baile en el palacio de mi primo Carlos V... Comiendo con Elena de Rusia...» Y mirado al elegante caballero en contra natural que sus parientes fuesen emperadores y sus amantes fuesen reinas. Gertrudis, cuando levantaba los ojos del plato, era para fijarlos ahora en su hija cuya emoción parecía adivinar.

—¿Qué que el espectáculo de Europa, no puede ser más desconocido—según el extranjero—. Aquí y allá, las guerras políticas o las religiosas que son un disfraz de aquéllas. No se puede cabalgar una hora seguida sin encontrar las llamas de una aldea ardiendo, o un cadáver pendiente de una horca para escarmiento de rebeldes, o la desolación de un pueblo saqueado, o una caravana de familias que huyen de la invasión de las tropas, arrastrando los carros donde llevan su miseria... Por todos lados angor, incendio, lágrimas y hambre. Y esto torbellino de muerte tiene un nombre. Se llama ambición.

—Los pueblos sólo ambicionan paz y trabajo.

—Pero los grandes ambicionan poderío, y lanzan sus pueblos a la guerra para satisfacer su soberbia. Y la rivalidad de los magnates se traduce en odio entre los plebeyos. Hoy nos odiamos todos.

—¿Y cómo acabar con el odio y la ambición?

—Por el amor. Hemos de pensar menos en las leyes que se dictan y hemos de pensar más en las palabras de Dios: «Amamos los unos a los otros...»

A Margarita le pareció que ahora comprendía muy bien. Sonrió, bajó los ojos y se ruborizó hasta los cabellos. Su madre, en cambio, palideció observándola, y toda su cara tomó una expresión de temer y de tristeza.

Una hora después, la humilde casta curvas ventanas posteriores se abrían sobre el Sena, reposaba en un silencio intenso. Pedro, luego de bien atrancada la puerta, dormía con el sueño profundo de los hombres sin inquietud. En el último piso, el extranjero, que dejó su espada y sus pistolas al lado del velón de aceite, leía atentamente la Biblia en un pequeño ejemplar encuadernado con riqueza. Gertrudis, acocada al lado de su esposo, permanecía con los ojos abiertos y atento el oído, con una mano en el corazón maternal que parecía avisarle el peligro.

¿Peligro? Gertrudis no creía en él, no quería creerlo. El recelo que llenaba su pecho, haciéndole respirar con fatiga, era exagerado. Indudado, no. Su corazón de mujer y de madre no podía equivocarse. Había un motivo de temer: lo que no había era una cruz para suponer que la pequeña chipsa produjera algo más que fogata de virtudes.

hacer contra una persecución que dirige Francisco II?

—Pero vuestro destino está aquí, conmigo...

—No queráis soñar demasiado. Mi destino está ahora en Holanda donde me esperan Lutero y Calixto.

—¡Lutero!

—¿Conocéis ya su nombre? Ya vos como al que no conocéis es a mí.

—No importa... no importa...

Gertrudis, con latido sigilo, descendió al primer piso sin apenas apoyar los pies en los pedales, sin casi respirar, suspirando el corazón que latía violento. Y allí se detuvo señalada por un nuevo temer. El extranjero tenía una espada y dos pistolas; Pedro sólo conservaba su antiguo mandoble de argenteo de armas... ¡No! no debía despartir al marido, no podía exponer su vida...

Y luego sigilo bajando la escalera abrió la puerta y salió a la calle.

LETRAS CATALANAS

CRITICA DEFENSIVA

Quiero referirme, para iniciar este tema, a un artículo que ha publicado recientemente el erudito catalán Luis Nicolau d'Oliver. Por respeto a la cultura de mis lectores no he de entrar en una presentación de este escritor cuyo nombre es suficientemente conocido.

El artículo de referencia alude a un renacimiento del sentido crítico en nuestro ambiente intelectual. Hace notar cómo no hace mucho tiempo, en nombre de unos sagrados intereses—vaguamente definidos—había que asistir a la proclamación de un genio en cada esquina y a la consagración de una obra trascendental cada semana, uniéndose al coro aclamatorio, por lo menos, con un silencio aprobador. «Ahora», parece afirmar el articulista, «todo esto ha desaparecido». El entusiasmo desordenado y absurdo por todas las expresiones del espíritu local ha sido substituido por un estrito sentido de la realidad.

Yo creo que, a Nicolau d'Oliver, le ha traicionado su optimismo. Periféricamente, aparecen en la Prensa catalana manifestaciones parecidas. Un día es un artículo haciendo notar un contingente de historiadores o una generación de musicógrafos. Otro, la constatación de un grupo de especialistas en la cultura vernácula. Otro, el descubrimiento de una generación de traductores. Estas declaraciones, hechas con una petulancia ingenua, son síntomas renacentistas, de afán de superación, evidentemente losables, fruto de una exaltación justificada. Pero en una posición de estricta rigurosidad crítica, inadmisibles. Desapasionada-

no diciéndoles: —Tomad mis armas y llévadme donde gustéis.

...Margarita, como si despertase de un pesadilla, miraba por todas partes el cuarto vacío. Había soñado que oía unas palabras dulces, muy dulces, y las rojas llamas de una hoguera le volvían a la realidad.

Pedro, que con inmenso abatimiento acompañó hasta la calle al caballero y a la ronda, se volvió a su esposa preguntándole: —¿Cómo diré al señor Bauvais que he correspondido a su confianza no sabiendo defender... a mi huésped? Estoy deshonrado, Gervasia.

—Al contrario—respondió ella fríamente—. Se ha perdido un hereje, pero se ha salvado tu honra.

Pedro se restregó los ojos, creyendo, como su hija, que dormía aún.

mente, no ha de ser difícil fijar los conceptos y situarlos en su verdadero lugar. Poner los puntos sobre las íes, y serenar los ánimos. De todo esto se encargará, sobre todo, el tiempo, el crítico más inexorable y más exacto de la historia.

No. No ha llegado todavía un sentido crítico y despasionado a nuestro ambiente espiritual. Hay—en el campo literario, por ejemplo—muchos «tablés», evidentemente innamovibles. Llegaron a su posición privilegiada en tiempos de exaltación y sozan placenteramente de su intangibilidad. Una crítica que les sea adversa ofende, más que a la persona, a un símbolo supremo e inviolable. Una concepción política—colectiva—envuélvele al escritor hasta convertirlo en cosa sacra.

Obedece ello a esa desviación del concepto del patriotismo que los franceses llaman—con palabra que ha hecho fortuna—«chauvinisme» y los españoles «patrioterismo». Es un resultado de la unión intolerable y absurda, de la catalanidad y el catalanismo—el sentido racial junto a la actividad política—que se da en nuestros escritores y que, con una energía y una dignidad insólitas, denunciaba en uno de sus vigorosos libros Agustí Escalasans.

Esta concepción somete las actividades críticas de Cataluña a una verdadera dictadura. El crítico—el noventa por ciento de los críticos—se encuentra cohibido por una serie de posiciones inmutables que le está vedado franquear. Lo lamentable es que si—en el cumplimiento de su deber de juzgador—, osa transgredir este mandato—tácito, pero firmísimo—, su gesto no es atribuido a una sinceridad plausible, sino a un intolerable antipatriotismo.

Queremos atribuir a esto todas las faltas de sinceridad y de originalidad de que está llena la crítica oficial de las letras en Cataluña. Pero esto no significa que nuestra actitud hacia ella sea comprensiva, ni mucho menos que la justifique. Al contrario, nuestra actitud—como la de todos los espectadores despasionados—es hostil a toda crítica parcial «a priori».

Claras señales delimitan esta parcialidad. El libro escrito en lengua vernácula tiene de antemano, asegurada una benévola acogida. El libro escrito en idioma no catalán (en castellano, sobre todo) no es mencionado siquiera. La frase es de rigor: «no nos interesa», dicen.

Esto no obsta para que las revistas catalanas dediquen un número exorbitante de páginas a estudiar la literatura japonesa o el teatro menor de Goethe, sin dedicar

ni una sola palabra al último libro de Ortega o de Velle-Inclán. De ahí—de ese provincianismo absurdo—partía la protesta de las generaciones jóvenes de Madrid que iniciaron una atmósfera de comprensión y de simpatía correspondida aquí por una afectuosidad llena de recelos.

Falta a la crítica desenvoltura y audacia. En realidad ningún crítico se atreve a hacer—de su cuenta y riesgo—afirmaciones esenciales respecto a un escritor. La crítica es una caja de resonancias, que multiplica unas cuantas ideas primas e intangibles; y que por lo demás se dedica a una glosa literatesca y anodina. Basta que una voz preeminente haga una indicación de ruta, para que, borreguilmente, toda la crítica se desvía.

Se ha visto claro, ahora, con la publicación del «Elogio de Catalunya», cuyo título motivó un éxito de venta. Nadie, absolutamente nadie, osó restar valores al libro; habiera significado—con el chauvinismo imperante—un delito de lesa patria. Ha bastado que una voz competente—la de Vall-Taberner—acudiera a fijar el valor estricto—y oportunista—de la obra para que toda la crítica cambiara de opinión.

El caso de Vallés i Pujals viene repitiéndose largo tiempo. Frente a la cuestión ordinaria pudo observarse la misma ductilidad despreciable de la crítica, transformando los elogios más exaltados en los más bajos insultos.

La crítica defensiva, imperante, tiene —a manera de contraofensiva—unos cuantos puntos de ataque pertinaz. Alguien—de poderosa influencia—tira la primera piedra. Entonces se lanzan—armados de toda baza, todos los criticastros de barricada, todos los redactorzuelos de provincias, todos los acólitos sin personalidad. No quiero precisar los objetivos. En la memoria de todos están los nombres de ciertos escritores catalanes, colaboradores de un popular rotativo barcelonés sobre los que pesa una campaña pertinaz, tan injustificada como absurda.

Ya he dicho otras veces—y no me cansaré de repetirlo—cómo esa posición defensiva de la crítica, perjudica a la literatura catalana. En una época como esta en la que el catalán novísimo atraviesa una etapa constructiva y adolescente, la crítica debiera adoptar una rigurosidad catoniana. La crítica defensiva no conseguirá llegar más que a una pueril autosugestión de la cual lo más doloroso será la vuelta a al realidad.

Guillermo DIAZ PLAJA



SAN IGNACIO, HERIDO (Grupo escultórico de Flotats)

SILUETAS DEL "FIN DE SIGLO"

El escultor Juan Flotats y Lucía

Hallábase frente al Museo del Parque un día sereno de otoño. El sol bañaba con suavidad el ritmo sosegado de la lenta caída de las hojas. Un grupo de contradas personas la mayor parte ancianas, estaba aprovechando la temperatura agradable, con aquella sofiadora quietud y cadenciosa parsimonia de gestos, que da la vecindad de lo eterno. Sofía yo también despierto, contemplando aquel declinar de la vida, cuando me llamaron la atención, los movimientos algo impacientes, de un simpático anciano, que acompañado de una joven, respondía agríamente a las palabras confortantes que ella le dirigía. El pobre viejo, no se conformaba con la lenta inmovilidad, a rarlo, reconoció a nuestro Flotats, aquel buen compañero todo alegría, patriarca que presidía nuestras expansiones, y una olenda de ternura, invadió mi corazón. Conmoviéndose al reconocerme y al resucitar nuestras cosas, aun reaccionó su carácter, y como náufrago que se aferra al madero salvador, por un momento revivió toda su vida. Cuando me despedí, insistió, conmovido, en que le visitara, prometiéndoselo, promesa que la muerte impidió pudiera cumplir.

actividad y de amor al trabajo como la de Flotats. Es preciso enaltecer estas vidas



EL ESCULTOR FLOTATS

modestas, que además del valor material de su obra, tienen una aureola de honra-

dez. Empieza su existencia modestamente, y modesto quiere ser toda su vida. Nacido en Manresa, el 11 de marzo de 1847, su padre de oficio alfarero, quiso que continuase su labor, y por esto veía con disgusto, que en vez de entregarse con afición a su trabajo, perdiese el tiempo haciendo muñecos. A pesar de su índole traviesa, era de entendimiento vivo y despejado, cursando con aprovechamiento la primera enseñanza, en la escuela pública de don Jaime Carulla, y francés con el dominico exclaustro P. Domingo Martí. Principia a dibujar en la clase que en el colegio de San Ignacio, dirigía don Mariano Folch y Amich, quien no se cansaba de repetir, que Morell y Flotats, eran los discípulos más sobresalientes que tenía en Manresa. A los 14 años, vino a Barcelona y en las clases de la Lonja, se perfecciona en el dibujo y aprende a modelar. Actúo después como escultor tallista, ejecutando características figuras de belenes, siguiendo la tradición barcelonesa de Talarri a quien admira.

Pasa después de aprendiz de los hermanos Vallmitjana para actuar ya seriamente de escultor y trabaja en el taller que éstos tenían instalado, en lo que hoy es Museo de Santa Agata. Llegaron dichos escultores a tener la mayor confianza en su pericia,



SAN IGNACIO, HERIDO (Grupo escultórico de Flotats)